



# SANTIAGO CARRILLO EN LA TRANSICIÓN. HISTORIA Y MITO DEL SECRETARIO GENERAL DEL PCE

*Juan Andrade Blanco*  
Universidad de Extremadura<sup>1</sup>

## Mitos fundacionales y figuras ejemplares

La muerte de Santiago Carrillo en septiembre de 2012 tuvo una extraordinaria repercusión pública. Fue entonces cuando cristalizaron en los medios de comunicación tres grandes discursos acerca del que fuera durante veinte años Secretario General del Partido Comunista de España, dos de ellos minoritarios y otro francamente dominante.

Uno de los discursos minoritarios procedió de los sectores mediáticos más reaccionarios del país. Presentaba a Santiago Carrillo como un personaje medroso en cuya dilatada trayectoria criminal destacaría su responsabilidad central en las matanzas de Paracuellos.<sup>2</sup> Otro discurso, muy limitado en los grandes medios, procedió de una parte de la izquierda comunista o radical, para quien la trayectoria de Santiago Carrillo quedaría sintetizada en lo que debería entenderse como una traición en toda regla: su voluntad tras perder las riendas del PCE de llevar por despecho a sus seguidores a las filas del PSOE. Desde esta consideración se reinterpretaba toda su trayectoria anterior situándolo como un dirigente dispuesto a todo tipo de artimañas a fin de preservar su posición de poder dentro del partido, si acaso no como un infiltrado que desde el principio albergaría el deseo de hacer del PCE un referente socialdemócrata o de conducirlo, en su defecto, al abismo.<sup>3</sup>

Frente a estos dos discursos denigratorios, la imagen que de Santiago Carrillo se proyectó mayoritariamente a su muerte fue una imagen laudatoria, que puso el acento en su encomiable papel durante la Transición. Desde esta perspectiva se presentaba a Santiago Carrillo como uno de los grandes hacedores del proceso: un dirigente con altura de miras que supo anteponer el interés común del país a los intereses de su partido para traer la democracia a España y construir un clima de concordia alejado de los viejos odios fratricidas de la Guerra Civil. Esta imagen se complementaba con la de un hombre de Estado dispuesto al diálogo y al consenso, la de un político renovado que supo dejar atrás las utopías lacerantes de su tradición para adaptarse a los nuevos tiempos, o la de un dirigente sagaz que logró sortear difíciles obstáculos para llevar al PCE a la legalidad.

Las declaraciones a su muerte fueron en este sentido mayoritarias y compartidas por la Jefatura del Estado y todo el arco parlamentario. Tómense a modo de ejemplo las siguientes palabras del Rey: «Una persona fundamental para la Transición y la democracia y muy querido»;<sup>4</sup> de Jesús Posada, presidente del Congreso: «Una de las claves que contribuyeron a que la Constitución fuera de todos los españoles fue la flexibilidad de Carrillo, y todos los españoles tenemos por ello un deber de gratitud»;<sup>5</sup> del presidente del Gobierno, Mariano Rajoy: «Su





## EXPEDIENTE

contribución al orden constitucional perdurará como referente para la política española»;<sup>6</sup> de Carlos Floriano, vicesecretario general del Partido Popular: «Cuando llegó el momento, supo anteponer los intereses de su país a sus intereses de partido y contribuyó decisivamente a que hoy tengamos el sistema de libertades del que todos disfrutamos»;<sup>7</sup> de Alfredo Pérez Rubalcaba, entonces secretario general del Partido Socialista Obrero Español: «La España actual fue fruto de una transición modélica que se basó en la convivencia. Fue tarea de todos, pero algunos de ellos jugaron un papel clave. Santiago Carrillo está entre esos»,<sup>8</sup> o de Gaspar Llamazares, diputado en el Congreso por Izquierda Unida: «No se puede entender la vida democrática actual sin la apuesta de todo un partido, y la apuesta por la reconciliación en un momento complicado de la vida del país. Se va un pedacito de nuestra historia, lo mejor de nuestra historia».<sup>9</sup>

El problema es que este relato encomiástico presenta muchas objeciones desde un punto de vista historiográfico. La primera es que hace de la Transición un proceso de cambio institucional dirigido por un grupo reducido de hombres de Estado que de manera altruista desarrollaron una compleja operación de ingeniería política motivada desde el origen de los tiempos por el empeño común de traer la democracia a España. Entre estos protagonistas se encontrarían, además de Santiago Carrillo, importantes dirigentes procedentes de la dictadura: Manuel Fraga como el dirigente que supo reconciliar a la derecha española con la tradición democrática, Fernández Miranda como el ideólogo en la sombra de todo el proceso, Adolfo Suárez como el dirigente de la «Quinta Columna» que fue desmontando el Régimen desde dentro y, por supuesto, el Rey, no en vano calificado como «El piloto del cambio». El problema de cara a sostener este relato es que hace mucho tiempo que la historiografía viene poniendo de manifiesto que esta disposición negociadora de las élites del régimen fue en gran medida motivada por la presión los movimientos sociales y las organiza-

ciones políticas de la oposición: que aquello que se ha presentado como una virtud democrática de muchos dirigentes de la dictadura cabe ser más bien interpretado como una necesidad adaptativa orientada a la perpetuación de sus posiciones de poder, por más que estos dirigentes supieran hacer de la necesidad virtud o terminaran creyéndose sinceramente el papel que tiempo atrás empezaron a representar.

La segunda impugnación a este relato encomiástico sobre Santiago Carrillo y la Transición es que, con frecuencia, se emplea para legitimar el sistema político tipificado en la Constitución del 78 y materializado en las formas de hacer política que inmediatamente antes y durante mucho tiempo después se implementaron. En este sentido, no cabe duda de que la Transición ha venido funcionando como el mito fundacional de nuestro actual sistema político, y Santiago Carrillo como una de sus figuras ejemplares. Para que ello fuera así, este relato de la Transición ha seleccionado y dispuesto los hechos del pasado de tal forma que, a su término, no cabía esperar un resultado mejor y ha magnificado o empequeñecido la estatura de los dirigentes políticos del momento en función de su capacidad para remar en esa dirección. Esta concepción de la historia parece responder a un viejo idealismo determinista de cuño hegeliano, en virtud del cual durante la Transición sucedió lo único que podía suceder por ser lo más racional, y en virtud del cual aquellos dirigentes que supieron percibir el signo de los tiempos y sumarse al curso dominante de la historia pasan a ser considerados como sus protagonistas más lúcidos.

Pero así como la exaltación de Santiago Carrillo ha servido al propósito de legitimar el presente, también ha servido para desacreditar los proyectos que se ofrecieron como alternativa.<sup>10</sup> Llama la atención que lo que más se valore en la amplísima trayectoria política de Santiago Carrillo sea su papel como dirigente del PCE en la Transición, cuando el partido terminó el proceso sumido en una profunda crisis orgánica cuyas manifestaciones más visibles fueron





los numerosos conflictos internos y los pocos resultados en las elecciones de 1982. Aunque la descomposición del PCE deba atribuirse a un complejo conjunto de factores endógenos y exógenos, relativos a su compleja constitución interna y a la presión de un contexto nacional e internacional realmente adverso,<sup>11</sup> una parte de la responsabilidad debe recaer, sobre todo ahora que tanto empuje tienen las teorías de la elección racional, en las decisiones que tomó durante la Transición su máximo dirigente. No hacerlo supondría ceder a una suerte de determinismo contextual, según el cual el PCE no podría sobrevivir por naturaleza al nuevo entorno, o sucumbir directamente a una visión fatalista, según la cual el partido portaba el gen de su propia destrucción.

También a este respecto llama la atención que lo que más se valore de Santiago Carrillo en la Transición sea su contribución al consenso, es decir, su voluntad de ceder en aquellos aspectos que pudieran ser un obstáculo para alcanzar el entendimiento con dirigentes de opciones políticas distintas en un contexto de amenaza golpista. A este respecto más allá de valorar de manera positiva la supuesta habilidad o el sentido de la oportunidad de Santiago Carrillo a la hora de participar en los acuerdos, lo que muchas veces se ha valorado, tácita o expresamente, de manera positiva ha sido el distanciamiento del Secretario General del PCE con respecto al proyecto político originario por el que luchó su partido durante la clandestinidad: un proyecto de ruptura democrática con la dictadura que aspiraba a desarrollar también un programa socialmente avanzado. Así visto, pareciera que algunos de los elogios al papel de Carrillo en la Transición fueran una celebración encubierta de la derrota del partido durante el proceso o más genéricamente de la derrota de esos proyectos de ruptura socialmente más ambiciosos.

Este relato sobre la Transición y el papel de Santiago Carrillo se ha reavivado a su muerte por la crisis económica que atraviesa el país y el cuestionamiento del sistema político a que

ha dado lugar. El fin del sueño de la burbuja inmobiliaria, la indignación por la supeditación del poder político a los dictámenes de los mercados, el descrédito de la clase política, la crisis del modelo bipartidista o el cambio en negativo de la percepción de la monarquía han sido expresiones de un considerable malestar social hacia un modelo que obviamente es resultado directo de más de treinta años de gobiernos de distinto signo, pero que remite a prácticas de la Transición y fue definido constitucionalmente durante el proceso. Con la crisis actual, el mito fundacional de la Transición venía declinando, y la muerte de Santiago Carrillo brindó una oportunidad para reactivarlo. El elogio a su papel en la Transición resultó oportuno para hacer un llamamiento a la contención de la izquierda, apelando a la sensatez, la moderación y el pragmatismo del Secretario General durante aquellos años difíciles, y en general para reactivar ante la sociedad la fórmula del consenso entre las élites políticas como fórmula infalible para enfrentar de nuevo las adversidades del país. En este sentido fueron, por ejemplo, las declaraciones del dirigente del Partido Popular Esteban González Pons, «Ojalá la generosidad que Carrillo y otros tuvieron nos acompañe siempre, y en particular en este momento»<sup>12</sup> o las del ex militante del PCE y destacado diplomático Carlos Alonso Zaldívar: «Hoy el horizonte está cubierto. ¿A dónde mirar? Si se trata de encontrar la salida hay que mirar atrás. A los fundadores de nuestra democracia; a los Suárez, González, Carrillo, Pujol, Ardanza y muchos otros.»<sup>13</sup> Indudablemente toda historia es siempre una historia del presente, en el sentido de que uno siempre escribe condicionado por las expectativas y los debates del momento. Pero de ahí a caer en el presentismo desbocado que mira al pasado desde la lupa deformante de los intereses inmediatos hay una distancia que se vuelve abismo cuando además eso se hace para legitimar el *status quo*. Las siguientes notas se han elaborado con la intención de zafarnos de esos riesgos, de ofrecer un perfil contextualizado y basado en fuentes primarias sobre del





## EXPEDIENTE

papel de Santiago Carrillo en la Transición y de someterlo a contraste con la sombra grotesca o chinesca que del personaje se ha proyectado en medios de consumo público.

De la confrontación con la dictadura al consenso en la Transición

A comienzos de la década de los setenta, el PCE era el partido más influyente en la lucha contra el régimen. El origen del ascenso del PCE estuvo en la Política de Reconciliación Nacional aprobada en 1956, por la cual el partido decidió utilizar algunos de los cauces legales de la dictadura y desbordar otros para contribuir al desarrollo de un amplio y pacífico movimiento democrático de oposición, encabezado muy especialmente por el movimiento de las Comisiones Obreras.<sup>14</sup> Santiago Carrillo fue uno de los principales valedores de esta nueva orientación, así como de las líneas políticas que le dieron forma y contribuyeron de manera determinante al ascenso social del partido. Como Secretario General jugó un papel central en la tipificación de la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura de 1967<sup>15</sup> o en el Pacto para la Libertad de 1972.<sup>16</sup> No obstante, algunas de estas orientaciones políticas fueron posteriormente reinterpretadas por el propio Secretario General para justificar decisiones en la Transición que respondían a otros propósitos. Tanto en sus intervenciones como en sus memorias hay una mirada muy activa hacia ese pasado glorioso, una mirada reinterpretadora con la que trató de establecer una línea de coherencia con las posiciones que tomó en la Transición, como si estas se dedujeran por pura lógica de su trayectoria anterior. Por ejemplo, la relectura que Carrillo hizo de la Política de Reconciliación Nacional durante la Transición dista del significado que tuvo originariamente. La Política de Reconciliación Nacional fue concebida en 1956 para tumbar la dictadura, y no para llegar a un acuerdo nacional con los dirigentes y herederos de la misma. La Política de Reconciliación

Nacional de 1956 planteaba que la línea divisoria marcada por la Guerra Civil había dejado de tener sentido toda vez que el franquismo agredía económicamente con la misma intensidad a las clases populares con independencia de en qué bando hubieran combatido en la Guerra Civil. Reconciliar a quienes combatieron en un bando u otro resultaba fundamental para aglutinarlos contra una dictadura que los golpeaba indistintamente. La declaración tomaba nota igualmente de que dentro de las élites del régimen empezaban a surgir núcleos disidentes y apostaba en consecuencia por impulsar una amplia política de alianzas que los incluyera.<sup>17</sup> Fue posteriormente en la Transición cuando, una vez se constató la inviabilidad de la ruptura, esta reconciliación, por abajo entre los españoles y por arriba con aquellos que previamente estaban disintiendo con el Régimen, se reinterpretó sobre la marcha como una reconciliación entre los dirigentes de los partidos del exilio y quienes, sin haber disentido previamente, dirigían en esos momentos el aparato del Estado franquista.

Este giro a la política del PCE se explicitó a finales de 1976. Fue en la reunión del Comité Central del Partido en «el Molino de Guadalupe» a finales de noviembre de ese año cuando los dirigentes comunistas cobraron conciencia oficialmente de que el respaldo social con el que contaban los partidos de la oposición resultaba suficiente para neutralizar el continuismo, pero no así para imponer la ruptura. La conclusión a la que llegó la dirección del partido, con Santiago Carrillo a la cabeza, es que eso no dejaba otra opción que sumarse al proyecto reformista, con el argumento añadido de que al incorporarse el PCE podría lograr, gracias a su presión, que este proyecto reformista impuesto desde el poder se recondujera hacia los objetivos rupturistas deseados por la oposición.<sup>18</sup> El partido apenas contempló que los procedimientos de la reforma hipotecaban muchos de los fines rupturistas, ni que perdería buena parte de su relevancia al dejar de ser eje de la oposición y tener que negociar a partir de entonces su





propia legalización en desventaja con respecto a los otros partidos.

La legalización no fue tarea fácil. Los impedimentos fueron de la presión de algunas cancillerías occidentales al chantaje golpista de las fuerzas armadas, pasando por la actitud de varios partidos de la oposición, que estaban dispuestos a aceptar la legalización propia a costa de la del PCE. El riesgo para el PCE se cifraba más en la alta probabilidad de que el gobierno decidiera legalizarlo después de las primeras elecciones generales, una vez muchos de sus potenciales votantes se hubieran ido sin billete de vuelta a otras opciones, como en la posibilidad algo más remota de que decidiera mantenerlo en la legalidad de manera indefinida. Ante estas circunstancias Santiago Carrillo gestionó de manera muy hábil la respuesta al asesinato de los abogados laboristas de Atocha en enero de 1977, con una manifestación masiva y pacífica de dolor contenido y desprecio a la venganza que sirvió para atemperar el recelo de muchos ante una eventual legalización del partido. De igual modo supo movilizar sus apoyos internacionales, trayendo a Madrid a Enrico Berlinguer y Georges Marchais, secretarios respectivamente del Partido Comunista Italiano y del Partido Comunista Francés, para plantear a la sociedad española que la política del PCE discurriría por los cauces de normalidad que transitaban sus homólogos europeos. Más allá de estos gestos importantes, la legalización fue forzada por la propia fortaleza del partido, que logró visualizar con la denominada política de «salida a la superficie».<sup>19</sup> Esta política consistió en sacar en masa a sus cuadros y dirigentes a la luz pública forzando en la práctica el ejercicio de derechos que el Régimen no le reconocía.<sup>20</sup>

Santiago Carrillo se aplicó a sí mismo la política de «salida a la superficie». Cruzó clandestinamente los Pirineos y demostró a la opinión pública que podía sortear a la policía del Régimen en la misma capital del país. Sin embargo, el relato mítico posterior de la Transición redujo esa política colectiva de salidas a la superficie

que tantos militantes asumieron con el riesgo de terminar en los calabozos todavía operativos de la dictadura al romántico viaje de un ingenioso Santiago Carrillo oculto tras una peluca a bordo del flamante mercedes de su amigo Teodulfo Lagunero. Como suele ser habitual en los relatos míticos orientados al consenso ciudadano la categoría quedaba reducida a la anécdota: la acción colectiva se limitaba a la gesta de un líder y el riesgo de la gente a ser reprimida por un sistema todavía dictatorial quedaba limitado a un pulso inofensivo entre futuros aliados.

En cualquier caso estas anécdotas son muy representativas de la personalidad burlona de Santiago Carrillo y de su concepción de la política como tanteo, despiste, hechos consumados, pulso latente al adversario y juego de ingenio. Para visualizarla mejor hay que sumar al cruce de la frontera los meses trepidantes en los que el Secretario General del PCE se movía disfrazado por España, cenaba en restaurantes (sin que ellos lo supieran) al lado de figuras del Régimen como Licio Gela o del mundo del espectáculo como Sara Montiel, asistía a corridas de Toros en Valencia y provocaba al gobierno concediendo entrevistas en coche por Madrid a la televisión francesa y sueca o dando una rueda clandestina de prensa, como la de la calle Alameda 5. Cuando en la misma capital del país. Cuando su presencia resultó demasiado incómoda para el gobierno Santiago Carrillo fue detenido y enseguida puesto en libertad.<sup>21</sup>

Gracias a la propia fortaleza del PCE y a la habilidad de Santiago Carrillo el gobierno se sintió obligado a legalizar al PCE a cambio de que aceptara la monarquía y se comprometiera a dosificar las movilizaciones para apaciguar a los involucionistas. El compromiso entre el PCE y el gobierno sobre estos temas parece ser que se selló en la reunión que Adolfo Suárez y Santiago Carrillo mantuvieron en casa de José Mario Armero el 28 de febrero de 1977.<sup>22</sup> Lo que allí se debatió ha sido objeto de múltiples especulaciones y declaraciones contradictorias de los protagonistas, pero a tenor de lo sugeri-





## EXPEDIENTE

do por Carrillo en sus primeras memorias de principios de los noventa, no así en sus libros posteriores, fue ya en esta reunión en la que negoció con Suárez utilizando como aval la futura actitud estabilizadora del mayor partido del antifranquismo:

Suárez reconocía, sin ambages, nuestro papel en el antifranquismo y evidentemente no tomaba demasiado en serio el de otros sectores de la oposición. En definitiva se dio cuenta de que nuestra legalización significaba también que nosotros nos comprometíamos con el éxito de la Transición y ésta podía ser una aportación importante, dada la influencia y la disciplina del partido. Tuve la impresión de que captaba esta noción que trataba de transmitirle con mis argumentos.<sup>23</sup>

El complicado trueque corrió, por tanto, a cargo del Secretario General, que lo presentó posteriormente como un hecho consumado para su validación ante el Pleno del Comité Central celebrado el 14 de abril, día de la República, donde se reconoció oficialmente la unidad de España, la Monarquía y la bandera bicolor. Fue en esta reunión en la que Santiago Carrillo tomó la palabra para, de manera solemne, plantear:

Nos encontramos en la reunión más difícil que hayamos tenido hasta hoy antes de la guerra. En estas horas, no digo en estos días, digo en estas horas, puede decidirse si se va a la democracia o se entra en una involución gravísima que afectaría no sólo al partido y a todas las fuerzas democráticas de la oposición, sino también a los reformistas e institucionalistas. Creo que no dramatizo, digo en este minuto lo que hay.<sup>24</sup>

La resolución que traía preparada planteaba que «si en el proceso de paso de la dictadura a la democracia la Monarquía continúa obrando de una manera decidida para establecer en nuestro país la democracia, estimamos que en unas próximas Cortes nuestro partido y las fuerzas democráticas podrían considerar la Monarquía como un régimen constitucional y democrático».<sup>25</sup> La resolución se aprobó inmediatamente después con tan solo 11 abstenciones, un dato que pone de manifiesto el amplísimo respaldo

que tuvieron las decisiones que personalmente tomó Santiago Carrillo también entre quienes más tarde se convertirían en feroces críticos de su papel durante el proceso. En la inquina posterior al Secretario General late también la necesidad de expiar esa culpa.

Tradicionalmente la legalización del PCE ha sido considerada un éxito negociador de Santiago Carrillo. Sin embargo, visto con perspectiva, parece que resultó más beneficioso para el gobierno, en la medida que logró integrar en el proceso a un PCE desnaturalizado al renunciar al republicanismo y maniatado al asumir el compromiso de no utilizar en exceso su capacidad de movilización social. La legalización del PCE fue un trueque por el cual cada una de las partes negociantes dio a su contraria aquello de lo que carecía, un intercambio de legalidad por legitimidad. El gobierno concedió al PCE la legalidad procedente del Estado franquista, mientras que el PCE transfirió al gobierno, por medio del reconocimiento a su autoridad, la legitimidad procedente de la lucha por la democracia. La gesta negociadora de Santiago Carrillo tuvo unas duras contrapartidas para el partido que lo lastraron durante el proceso de cambio y que generarían un profundo malestar cuando la militancia no percibiera ninguna compensación a tan fuerte sacrificio. Lo que llama la atención es que en buena parte de los relatos de la Transición el proceso de legalización del PCE se haya presentado como un gran éxito personal de Santiago Carrillo cuando resulta patente que sus secuelas y contrapartidas son factores a considerar en la descomposición del partido.

Una vez legalizado, el PCE elaboró sus candidaturas y se presentó a las elecciones generales de junio de 1977, obteniendo unos resultados que estuvieron muy por debajo de sus expectativas, apenas un 9.3 % de los votos, y que Santiago Carrillo atribuyó al peso de la imagen autoritaria y prosoviética construida por la propaganda franquista: «Para la mayoría de la opinión pública somos, todavía, una opción extrema. La caricatura del «lobo con la piel de cordero» aún





consigue efectos. Si el partido, en su campaña, se hubiera escorado a posiciones izquierdistas, nuestra votación hubiera sido más reducida». <sup>26</sup> Esta preocupación por la imagen electoral del partido le llevó a reprender a aquellos militantes que a su juicio estaban dando argumentos a la propaganda del adversario:

En estas elecciones ha habido todavía algún camarada que paralelamente a la explicación de nuestro programa ha tenido expresiones como la de que «tenemos una cuerda guardada». Y me temo que no se trata de un caso aislado, me temo que haya cuadros y miembros del partido que, aceptando formalmente su política, tengan «una cuerda guardada», es decir, consideran de hecho nuestra política, como una simple táctica coyuntural. En un momento de conflicto en su empresa o centro de trabajo esas expresiones pueden obtener aplausos. Pero a la hora de optar, cuando se reflexiona sobre el porvenir, incluso muchos de los que han aplaudido coyunturalmente se interrogan: «pero si se tiene una cuerda guardada, ¿cómo puedo creer que va a respetar el pluralismo, la libertad, la democracia, que no va a repetir modelos de socialismo que no me satisfacen?». <sup>27</sup>

En los debates sobre los resultados de las primeras elecciones se puso ya de manifiesto la negativa de Santiago Carrillo a aceptar que las limitaciones electorales del partido se debieran también a la presencia al frente de él de dirigentes asociados capciosamente por la propaganda adversaria a la Guerra Civil y a los tiempos del estalinismo. En esos debates se perfilaba ya la figura de un dirigente más que veterano sujeto a una fuerte ilusión: la de pensar que la imagen renovada del partido podría depender más del contenido de su discurso que de quién lo emitiese y que aquello que buena parte de los electores socializados bajo el franquismo interpretaban como sus excesos en la Guerra Civil se los podía hacer perdonar con declaraciones de moderación:

Después de estas elecciones sigue especulándose contra el Partido con la imagen supuestamente negativa que pueden darle lo que los críticos

llaman dirigentes históricos. Hay que afirmar que algunos dirigentes «históricos» han hecho por dar a la nueva imagen del Partido muchísimo más de lo que podrían haber hecho, con la mejor voluntad, otros más jóvenes. La imagen de un partido revolucionario moderno la da fundamentalmente su política, su teoría, su acción y su propia composición. El Partido renueva normalmente sus cuadros; pero nadie nos impondrá los dirigentes desde fuera. <sup>28</sup>

Tras las elecciones de 1977 el PCE aprobó una nueva línea, denominada la Política de Concertación Democrática, <sup>29</sup> que en su formulación teórica pivotó sobre la reivindicación de un Gobierno de Concentración con presencia comunista como mejor fórmula para hacer frente a los problemas del país, y que en la práctica se orientó a romper a golpe de gestos moderados esa imagen de partido radical y filosoviético a la que se responsabilizaba de los malos resultados electorales.

Fue esta nueva orientación la que llevó al partido a sumarse de manera entusiasta al consenso y a comprometerse con los dos grandes acuerdos del momento: los Pactos de la Moncloa y la Constitución. El respaldo a ambos acuerdos chocaba con las expectativas programáticas de una parte del partido, máxime si este era resultado de un consenso ajeno a su cultura política. Para lograr el encaje se recurrió a una práctica que, sin embargo, no era tan ajena a la tradición comunista y que Carrillo y con él buena parte de la dirección llevaron al límite durante la Transición: una práctica consistente en racionalizar decisiones coyunturales y repentinas como pasos consecuentes en la estrategia de largo alcance del partido.

En el caso de los Pactos de la Moncloa puede que el partido decidiera suscribirlos para alcanzar un protagonismo parlamentario superior al que le permitían sus resultados electorales, para romper la tendencia al bipartidismo entre UCD y PSOE, porque pensara que participando de su gestión podría evitar su aplicación más severa o para lograr contrapartidas en materia fiscal





## EXPEDIENTE

o derechos sindicales. Sin embargo, lo que resultaba difícilmente creíble es que los Pactos de la Moncloa fueran un paso conducente al socialismo dentro de la estrategia eurocomunista, como así los justificó con frecuencia el propio Santiago Carrillo ante la militancia: «En los acuerdos de la Moncloa están previstos cambios que pueden ser considerados como estructurales y punto de partida para, avanzando en esa dirección, crear el advenimiento de una democracia político-económica». <sup>30</sup> También la Constitución fue justificada por Santiago Carrillo como un texto dentro del cual podría desarrollarse la estrategia del partido al socialismo:

Nuestro acuerdo con la Constitución empieza porque la consideramos una Constitución válida para todos los españoles, una Constitución de reconciliación, una Constitución que viene a hacer punto y raya con el pasado de luchas civiles, con el pasado de división que ha conocido nuestro país; una Constitución que refleja las realidades político-sociales y culturales de la España de hoy y que, además y ésta es una de las razones por las que la votamos sin vacilar, no cierra el camino al progreso de nuestro país, no cierra el camino a las transformaciones sociales para las cuales nosotros existimos como partido. Es decir, se trata de una constitución – y por eso vale para todos – con la cual sería posible realizar transformaciones socialistas en nuestro país. <sup>31</sup>

En resumen, Santiago Carrillo hizo un uso frecuente de las propuestas estratégicas elaboradas durante el franquismo para justificar decisiones que respondían a motivaciones circunstanciales que de ser reconocidas abiertamente hubieran podido generar el rechazo de buena parte de sus bases. El veterano dirigente se sintió obligado a justificar ante sus militantes, quizá también ante sí mismo, los comedidos pactos de la nueva democracia con el ambicioso lenguaje ideológico y las perspectivas de cambio incubados durante los años heroicos de lucha contra la dictadura. Cuando empezó a comprobarse que una parte de esos pactos no conducían a destinos tan remotos la imagen profética que

muchos militantes tenían de su secretario general fue declinando.

Además estas racionalizaciones ideológicas no casaban bien con el discurso que al mismo tiempo sostenía Carrillo a propósito de esos temas en otros foros. No es solo que en sede parlamentaria se refiriera a los Pactos de la Moncloa como «una serie de soluciones que no salen del marco capitalista», <sup>32</sup> sino que en su discurso público de la época del consenso el socialismo dejó de ser ese horizonte de progreso que presentaba a los militantes para convertirse en una amenaza casi indeseada que hacer a la otra parte de la negociación si no cumplía con los buenos acuerdos económicos:

Si se produjera una actitud insolidaria de las clases pudientes que hiciera fracasar las medidas económicas que aprobamos hoy, nosotros iríamos a nuestros electores con la conciencia muy tranquila a decirles: ciudadanos, la insolidaridad de las fuerzas burguesas de este país para con la suerte de él nos da toda la autoridad para deciros hoy que no hay más solución a la crisis económica que la solución socialista. <sup>33</sup>

De todos estos gestos moderados el más efectista fue la propuesta de abandonar el leninismo, no solo porque no existiera ningún precedente en el caso de los partidos comunistas, sino por el lugar donde la anunció: durante su viaje a EEUU a finales de noviembre de 1977. La renuncia del leninismo fue precedida de otras declaraciones de las que la prensa se hizo sobrado eco, como que el PCE aceptaría la presencia de bases de la OTAN en España hasta que la URSS no retirara las suyas de los países del Este. <sup>34</sup> La renuncia al leninismo fue concebida como un golpe de efecto mediático en clave electoral en un tiempo en el que Santiago Carrillo hizo en ocasiones de la ideología un slogan publicitario y un instrumento con el que gestionar las relaciones de poder dentro del partido. Con la renuncia al leninismo trató de teatralizar mayor moderación y sobre todo de poner distancias con la URSS, en la medida que se suponía que este era el fundamento ideológico de su







modelo de socialismo. Con el asunto del leninismo levantaba también una cortina de humo que, además de desviar el debate sobre la necesaria regeneración de la dirección y su papel en los primeros tiempos de la Transición, dividía en términos ideológicos a quienes pudieron conformar un grupo crítico al respecto.

En este viaje a EEUU se puso de manifiesto de manera muy elocuente la personalidad política del Secretario General del PCE y las posibilidades y los límites de su política misma. Su viaje a Estados Unidos revela la imagen de un dirigente desbocado por la celeridad de los acontecimientos, que logró abrirse un hueco considerable en la agenda mediática con gestos efectistas de gran repercusión. El viaje revela la imagen de un dirigente muy seguro de sus capacidades que pensó que podía gestionar un escenario sumamente complejo y en constante evolución con su solo ingenio.

La propuesta de abandonar el leninismo la hizo por su cuenta y riesgo Santiago Carrillo en EEUU, pero no la hizo en el vacío. Existía en el PCE una tradición reciente de reformulaciones ideológicas que permitieron que esta propuesta cobrara sentido y pudiera arraigar. Esta tradición terminó cristalizando en la llamada propuesta eurocomunista, de la que Carrillo fue su principal valedor por delante de Enrico Berlinguer y de Georges Marchais. El eurocomunismo fue un intento de diseñar una estrategia nacional, democrática e institucional al socialismo que trataba de adecuarse a los profundos cambios sociales, económicos y culturales que se habían producido en los países del capitalismo avanzado, una estrategia que defendía la posibilidad y la conveniencia de utilizar las instituciones liberales en la transición al socialismo y de conservarlas de manera permanente en la propia sociedad socialista. En consecuencia el eurocomunismo expresó su oposición, a veces de manera sugerida y otras de forma explícita, al modelo del denominado Socialismo Real. La oposición era obligada por el descrédito de ese modelo entre una parte importante de la

clase obrera occidental y por la necesidad de no hipotecar las estrategias políticas nacionales de los partidos comunistas a los intereses de Estado de la URSS.<sup>35</sup>

La propuesta eurocomunista, que Santiago Carrillo tipificó en su obra *Eurocomunismo y Estado*,<sup>36</sup> respondió en buena medida a la conciencia de la necesidad de renovación estratégica que tenían los partidos comunistas occidentales a la altura de la década de los setenta y a la conciencia de los límites que imponía la vieja ortodoxia marxista-leninista. En este sentido, el eurocomunismo despertó entusiasmo en muchos de quienes deseaban ensamblar definitivamente el binomio democracia-socialismo y sacudirse el tutelaje de las potencias del socialismo real. Sin embargo, lo cierto es que lejos de funcionar como una estrategia de largo alcance el eurocomunismo fue utilizado para legitimar el tacticismo diario del partido y sobre todo para proyectar una imagen más amable en los términos que le reclamaban sus adversarios. En este sentido el eurocomunismo fue el correlato teórico de la apuesta política de Carrillo por el consenso. De igual modo, el eurocomunismo sublimaba la dificultad de acometer un proyecto de transformación radical de la sociedad en una estrategia especulativa de transición al socialismo que al fin y al cabo trataba de justificar una línea política muy pragmática salvaguardando, solo retóricamente, el viejo ideal revolucionario todavía presente en la cultura comunista.

Santiago Carrillo destacó como parlamentario especialmente en la etapa del consenso. Fue un orador de alto nivel, suelto, rápido en la réplica, con sentido del humor y muy irónico con sus adversarios. Cuando en el debate parlamentario sobre la monarquía Gregorio Peces Barba apeló a la coherencia histórica del PSOE para justificar su voto, Carrillo le respondió que era un buen jurista pero un pésimo historiador, pues él, que había vivido los hechos que describía, podía dar fe de lo contrario. Antes de que pudiera darle la réplica, Carrillo apuntilló que de buena gana renunciaría a haberlos vivido si





## EXPEDIENTE

eso implicase ser tan joven, incluso tan ignorante sobre el tema, como Peces Barba.<sup>37</sup> A quien fuera su amigo y Ministro de la UCD, Rodolfo Martín Villa, se dirigió con frecuencia con sorna: «Ni siquiera proponemos que el señor Martín Villa se vaya (risas), porque si todo queda reducido a eso, aunque sería difícil encontrar alguien peor (risas), todavía es posible que en el centro haya un ministro del Interior peor que el señor Martín Villa».<sup>38</sup>

La participación en el consenso, que gestionó directamente Santiago Carrillo, dio al PCE un protagonismo parlamentario considerable, rompió la tendencia al bipartidismo entre la UCD y el PSOE que los resultados electorales parecían propiciar y le dieron al partido una influencia en la definición del nuevo sistema institucional mayor a la que en principio podría derivarse de los votos obtenidos. Para ser aceptado en el consenso el partido tuvo que aportar como aval su capacidad para embridar la movilización social a través de CCOO, lo que a medio plazo limitó su capacidad de maniobra. De igual modo la participación en el consenso llevó a Santiago Carrillo y muchos dirigentes y militantes a interiorizar una cultura de la gobernabilidad que iría alejando al partido de sus propósitos originales y generando profundas tensiones internas. Antes de que eso sucediera desde los medios de comunicación más influyentes y desde las filas del gobierno se empezó a construir la imagen encomiástica de Santiago Carrillo como «hombre de Estado con altura de miras dispuesto a ceder por el bien general». Su compromiso con los grandes acuerdos de Estado y su incorporación al «sentido político común» del momento fue aplaudido desde tribunas de prensa y escaños en el congreso. De los elogios procedentes de sus adversarios cabe retener el que le hizo José María Carrascal cuando cubría su viaje a EEUU:

Su actitud ha sido un modelo de moderación. Hubo momentos en que podía ponerse en duda no ya su condición de comunista, sino incluso de marxista, y no desaprovechó oportunidad para proyectar una imagen de patriota, responsable y

demócrata [...] Es prácticamente imposible estar en desacuerdo con este hombre que habla de libertad, paz, concordia, que acepta el multipartidismo, que rechaza la dictadura del proletariado, que no habla de nacionalizaciones, que quiere que los americanos se queden en España mientras los rusos ocupan el Este de Europa. [...]»<sup>39</sup>

También el que le regaló Manuel Fraga cuando lo presentó ante el Club Siglo XXI en Madrid:

Santiago Carrillo ha escrito varios libros importantes. El último, «Eurocomunismo y Estado», ha tenido una resonancia ilimitada, porque, con más decisión intelectual que ninguno de los otros revisionistas de los dogmas marxistas, ha rebasado no sólo al estalinismo sino también al leninismo [...] Yo he entrevistado en él a un español, con las virtudes y los defectos de la raza, bastante bien plantado. [...] Estamos ante un comunista de pura cepa y, si él me lo permite, de mucho cuidado. Por eso interesa oírle. Santiago Carrillo tiene la palabra.<sup>40</sup>

Los elogios funcionan a veces como un mecanismo de cooptación simbólica cuando el elogiado, generalmente el portavoz de una disidencia o de una opción minoritaria, tiende a ceder ante la satisfacción personal que le suscita el reconocimiento elogioso que su cambio de actitud merece entre quienes constituyen mayoría. Nuestra opinión al respecto es que Santiago Carrillo empezó a sentirse seducido por el reconocimiento interesado que de él hicieron muchos de sus adversarios y por la condición de hombre de Estado que mediáticamente le fue reconocida, tanto más atractiva para alguien que hasta entonces había sido considerado «la anti-españa» o un paria en el exilio. Desde vísperas de la Transición se observa en Santiago Carrillo una gran satisfacción ante el entendimiento con el viejo enemigo, que pone de manifiesto hasta qué punto había interiorizado a nivel personal su reciente lectura de la Política de Reconciliación Nacional, o cómo esa atracción personal había tratado de elevarla en cierta forma a la categoría de línea oficial del partido. En sus memorias de la época ocupan un lugar central





los encuentros y negociaciones con dirigentes procedentes de la dictadura como José María de Areilza, Rafael Calvo Serer, el abad Escarré en el Monasterio de Monserrat, José Mario Armero, Nicolás Franco Pascual de Pobil, Manuel Prado y Colón de Carvajal y más tarde Adolfo Suárez y el Rey. La satisfacción con que narró estos encuentros llega a su punto álgido cuando describe la sensación que le produjo verse el 23F detenido y aislado en la Sala de los Relojes del Congreso –él, en su día defensor del Madrid sitiado por los fascistas– en las mismas condiciones que Gutiérrez Mellado –miembro entonces de la Quinta Columna– por la causa común de la nueva democracia. La centralidad, amplitud y relevancia que Carrillo da en sus memorias a estos encuentros, en perjuicio de las pocas páginas que dedica a explicar la lucha entre la sociedad del partido que él dirigió, ha contribuido a potenciar esa visión elitista de la Transición, en la medida que la memoria de los líderes del proceso se ha transpuesto con frecuencia en memoria nacional.

Las motivaciones personales que orientan los comportamientos de los dirigentes políticos son, cuando no imposibles, muy difíciles de determinar, pues obviamente no forman parte de sus declaraciones expresas. Sin embargo a veces dejan huella cuando años después, en la redacción más suelta de sus memorias, estos dirigentes seleccionan los episodios de su vida y, por medio del relato de algún episodio anecdótico, dejan entrever sus emociones, sus satisfacciones o sus frustraciones personales. De la satisfacción que reportó a Carrillo el reconocimiento a su labor por parte de sus adversarios y la inclusión como un igual en los espacios de poder del Estado dan fe varios pasajes de sus memorias, entre otros uno en el que narra cómo se sintió en una recepción real en plena Transición:

Ya estaba pensando en cómo escabullirme de allí, cuando tropecé en un salón con Joaquín Garrigues, Paco Fernández Ordóñez, Enrique Múgica y algún otro diputado que también iban vestidos «de pai-

sano» – como decía yo – y a los que me uní con alivio. Recuerdo que pisábamos unas espléndidas alfombras y que Joaquín Garrigues dejaba caer en ellas descuidadamente la ceniza de su cigarrillo. «Ten cuidado –le dije– porque si quemas la alfombra me echarán la culpa a mí, el único «rojo» presente». Me rieron la broma, y poco a poco terminamos tomando conciencia de que siendo los elegidos del pueblo, éramos los que teníamos un derecho más claro a estar allí, y empezamos a dejar de sentirnos extraños y por el contrario a sentir auténticamente extraños a muchos de los asistentes que ya no volví a encontrar en ese tipo de recepciones nunca más.<sup>41</sup>

### Desgarro interno y expulsión

El final del consenso tras las elecciones del 79, la descomposición de la UCD y el ascenso del PSOE dejaron al PCE con el paso cambiado. El final del consenso ahogó definitivamente la Política de Concentración Democrática y los intentos de Carrillo por estar en el centro de la vida institucional mediante su participación en las negociaciones conjuntas. Por otra parte, la descomposición de la UCD y los efectos derivados del 23F, que vinieron a potenciar los valores de cambio y seguridad en torno a los que venía moviéndose el grueso del electorado, incrementaron de manera extraordinaria las expectativas electorales del PSOE, que, al menos desde la conocida como crisis del marxismo de su XXVIII congreso de 1979, venía reciclándose política e ideológicamente para cubrir ese espacio electoral que la coalición gubernamental iba a dejar al descubierto. El empuje de los socialistas ejerció una atracción irresistible sobre una parte considerable de las bases del PCE, deseosas de que su voto contribuyera al desarrollo de una opción de gobierno. Ante semejante presión Santiago Carrillo trató de jugar la baza de presentar al PCE como opción complementaria con el ascenso electoral del PSOE y contributiva al desarrollo en el país de una verdadera política de progreso. Después de varios años confrontado con el PSOE, Santiago Carrillo recuperó en apenas unos





## EXPEDIENTE

meses el viejo slogan de la unidad de la izquierda, lo cual sirvió de muy poco y generó cierta sensación de oportunismo o desesperación.<sup>42</sup>

Antes de la catástrofe electoral de 1982, justo cuando su figura empezaba a declinar al calor de los conflictos internos del partido, Santiago Carrillo tuvo su mayor momento de grandeza personal la tarde del 23 de febrero de 1981. Ese día, cuando el séquito golpista de guardias civiles encabezados por Tejero soltó varias ráfagas de ametralladora en el hemiciclo del Congreso de los Diputados, Santiago Carrillo, junto con Adolfo Suárez y Gutiérrez Mellado, permaneció sentado, valiente e impertérrito, en su escaño, mientras el resto de diputados se ponían a resguardo debajo de la bancada. El acto pone de manifiesto la seguridad que el dirigente comunista tenía en sí mismo y en el papel que estaba desempeñando. También la voluntad —que en tantas ocasiones puso de manifiesto— de no ser doblegado en su empeño, ni siquiera, como fue en este caso, a punta de pistola. El acontecimiento sugiere también la conciencia que durante buena parte del proceso tuvo el Secretario General del PCE de estar obrando para la historia, y la lucidez y los reflejos a la hora de constatar que ese momento era un momento decisivo en el que poder demostrar quién era.<sup>43</sup>

El 23F fue su último momento de gloria y le ofreció una suerte de venganza personal sobre enemigos internos y externos. En sus memorias recordó el hecho con sutileza y representada elegancia de vencedor al referirse a la actitud de sus compañeros de partido. Lo hizo al relatar con sorna cómo sus enemigos de la derecha, Manuel Fraga y Blas Piñar, y de la izquierda, Fernando Sagaseta, andaban por el suelo en ese momento decisivo.<sup>44</sup> El 23F fue además su último momento de gloria porque a su juicio venía a refrendar todos sus análisis y decisiones durante la Transición. A él se agarró para probar que el riesgo al golpe de Estado justificaba su línea moderada, frente a las críticas que le venían de la izquierda y a él se agarró para justificar de manera contrafáctica su apoyo a la Corona, cuando

afirmó que «si en Zarzuela hubiera estado un presidente de la República, en lugar de don Juan Carlos, la democracia habría sido aplastada».<sup>45</sup>

A partir de 1980 el PCE sufrió una crisis desgarradora que se expresó en varios conflictos: la implosión del PSUC (el partido hermano en Cataluña), la ruptura del EPK (su referente en Euskadi) y el movimiento de contestación interna a la dirección encabezado sobre todo por los llamados eurorrenovadores.<sup>46</sup> El trasfondo de esta verdadera crisis orgánica fue una situación de insatisfacción generalizada entre la militancia y esta insatisfacción se debió a un complejo conjunto de factores.<sup>47</sup> De fondo estaba la frustración que dejaban en la militancia unos resultados electorales que estaban muy por debajo de la contribución del partido a la lucha contra la dictadura. También pesaba la impotencia de muchos técnicos y profesionales de la organización, que se sentían llamados a contribuir a la consolidación y gestión del sistema democrático y que no encontraban espacio para ello habida cuenta de los pocos cargos institucionales que el partido había logrado. La insatisfacción fue si cabe mayor entre importantes sectores obreros que, además sufrir en sus carnes los estragos de una crisis económica que amenazaba con el despido y el recorte de sus salarios, sentían que la dirección de su partido no hacía lo suficiente por evitarlo.

Obviamente estos factores contextuales sobrepasaban la capacidad de acción de Santiago Carrillo. Pero a ellos se sumaron otros que fueron resultado directo de las decisiones del Secretario General y que también redundaron en beneficio del malestar general de la militancia. Entre esas decisiones figuró la decisión de dismantelar buena parte de la organización sectorial del partido que tanto había contribuido a su expansión y arraigo social, en la medida que agrupaba a los militantes en sus lugares de trabajo y por dedicación profesional y les otorgaba además una autonomía considerable a la hora de llevar la política del partido a los movimientos sociales. La decisión respondió al





deseo de reforzar la estructura territorial del partido a costa de la estructura sectorial para hacerla así más efectiva de cara a la preparación de las campañas electorales. También al deseo de centralizar y estrechar el control de los órganos de dirección, en la medida que el control se podría ejercer de manera más efectiva sobre una estructura territorial que sobre las múltiples organizaciones de base, desde las cuales estaban surgiendo, además, las primeras críticas a la labor de la dirección y a su Secretario General. El resultado fue que muchos militantes se vieron desprovistos de los espacios de militancia que garantizaban su inserción en la sociedad. El electoralismo y el afán personal de control propiciaron cambios organizativos que desincentivaron el compromiso de muchos militantes.<sup>48</sup> En la decisión, en la que pesó mucho el empeño personal de Santiago Carrillo, se ponía de manifiesto, su dificultad para convivir con la disidencia, sobre todo cuando esta procedía de los jóvenes profesionales y técnicos del partido, y su celo controlador, tanto más acusado a medida que iban proliferando las discrepancias. Ambas cosas eran características en una generación de dirigentes comunistas educados en los años del estalinismo y en las adversas circunstancias del exilio y la clandestinidad, pero en el caso de Santiago Carrillo terminaron por configurar una suerte de personalidad política que se proyectó a la opinión pública a medida que la crisis del partido se trasladaba a los medios de comunicación y su liderazgo empezaba a ser cuestionado de forma abierta por los suyos. La imagen se amplificaba por contraste con lo que las circunstancias parecían reclamar: una democracia interna equiparable a la democracia que se reclamaba para el conjunto del país. La renovación auspiciada por el Secretario General se refería a la orientación ideológica del partido, o en todo caso a su línea política, no así sus formas organizativas. La renuncia a señas de identidad como el leninismo no fue acompañada de la renuncia a principios organizativos como el del Centralismo Democrático, en el que descansaba el estre-

cho control que Santiago Carrillo tuvo sobre el conjunto del partido y le sirvió para contener o directamente expulsar a la disidencia.

Efectivamente, el malestar entre una parte considerable de la militancia, sobre todo de la militancia más joven, se debió también a la constatación de la falta de democracia interna y al desplazamiento del que fue objeto, sobre todo en la elaboración de las listas electorales, por parte de dirigentes procedentes del exilio. Lo que se abrió entonces fue una profunda tensión entre distintas culturas militantes procedentes de momentos y espacios históricos distintos. El arco de las culturas militantes en el PCE era muy amplio y plural, pero, aun a riesgo de simplificación, había dos tendencias susceptibles de abstracción: la cultura de la clandestinidad y el exilio –formada, como se ha dicho, por la fuerza de esas duras circunstancias y por influjo del estalinismo, y que se traducía con frecuencia en dirigismo– y la cultura de las nuevas generaciones de militantes del interior –formada en las luchas por la democracia en los movimientos sociales y que exigía mayores espacios de participación y toma de decisiones–. El desajuste radicaba en el hecho de que la primera cultura seguía siendo dominante en la cúspide del partido mientras la segunda se había abierto paso, no sin ciertas contradicciones, en la base.

Este malestar generalizado que se acaba de describir avivó las diferencias ideológicas internas, que eran muchas debido a las diferencias generacionales y formativas de sus militantes, a los distintos cauces de acceso al partido y a los diversos espacios en los que habían desarrollado su militancia. La pluralidad del PCE se había logrado armonizar gracias a la cohesión que imponía la lucha contra la dictadura. El problema es que el nuevo contexto de la democracia disolvió este elemento de cohesión y la diversidad ideológica se tornó conflictiva, sobre todo cuando la dirección encabezada por Carrillo intentó oficializar el eurocomunismo a marchas forzadas, abriendo con ello la Caja de Pandora. En lugar de aglutinar a una militancia ideológi-





## EXPEDIENTE

ca y culturalmente diversa en torno a acuerdos programáticos, Carrillo optó por tratar de, en sus propias palabras, «homogeneizar» al partido, sofocando el fuego de la diversidad ideológica con la gasolina del eurocomunismo. Este propósito lo expresó en el Comité Central reunido en Córdoba a mediados de 1979:

Estimo que ahora nos encontramos en unos u otros sitios con una serie de problemas (y a veces conflictos), cuyo origen primordial es la diversidad de vías seguidas en la formación de unos y de otros, y una cierta cristalización de grupos sobre esa base, que tiene dificultades para fusionarse. [...] En esta rara tarea, nos encontramos con que el fortalecimiento del Partido pasa por lo que hemos llamado su homogeneización. No se trata, naturalmente, de volver al monolitismo. Tampoco el problema esencial es conseguir una unidad de acción sobre una línea política común porque, en general, eso existe ya. Ni siquiera llegar a una compenetración mayor sobre el concepto de lo que es el partido, aunque en este sentido sea necesario ir avanzando más. Es todo eso y más.<sup>49</sup>

Su propuesta de oficialización del eurocomunismo generó el rechazo acalorado de varias sensibilidades. Para los llamados eurorenovadores el eurocomunismo de Santiago Carrillo se quedaba corto en sus críticas al Socialismo Real y en su apuesta por la democracia parlamentaria, al tiempo que no se traducían en más democracia interna. Para los sectores más ortodoxos resultaba poco menos que una traición socialdemócrata. Y para otros sectores más críticos y heterodoxos apenas era otra cosa que un eslogan propagandístico. El caso es que los conflictos entre todas estas familias y de todas estas familias con la dirección se saldaron con escisiones, transfuguismos y expulsiones, y con esa imagen de partido cainita el PCE concurrió a las elecciones del 82 obteniendo unos resultados catastróficos.

Además, hubo tres problemas de largo alcance que lastraron al PCE en la Transición y que Santiago Carrillo incentivó o a los que no pudo o supo hacer frente. El primero de ellos fue el

de la incapacidad del partido de rentabilizar de puertas adentro los resultados alcanzados de puertas afuera. Por ejemplo, el PCE fue a mediados de los setenta el partido más influyente entre la intelectualidad democrática,<sup>50</sup> pero no supo enriquecerse intelectualmente con su aportación por razones que tienen que ver con su convulsa trayectoria de guerra y clandestinidad, pero también porque la dirección del partido con Santiago Carrillo a la cabeza se creyó con frecuencia autosuficiente desde el punto de vista teórico y también porque instrumentalizó con frecuencia a esos intelectuales para racionalizar a posteriori las decisiones personales del Secretario General. Sobre esto último nada más esclarecedor que las siguientes palabras a propósito del abandono del leninismo de Manuel Azcárate, el que fuera durante un tiempo el intelectual de la dirección más cercano a Carrillo: El método empleado fue totalmente erróneo. Todo empezó con unas declaraciones de Carrillo a la prensa, sin una discusión previa. Luego, tuvimos todos que luchar para convertir esas declaraciones personales de Carrillo en posición oficial del partido».<sup>51</sup>

La relación de Santiago Carrillo con los intelectuales y el mundo del conocimiento fue una relación problemática. Carrillo fue un dirigente comunista inteligente y leído, un buen conocedor de la historia de España a la que aludía con frecuencia, quizá porque sentía que él mismo pertenecía a esa historia y la estaba protagonizando. Sin embargo tenía las carencias propias de quien no había tenido la oportunidad de pasar por la enseñanza superior reglada o de dedicarse a tiempo completo al estudio sistemático. Ello despertó en él un cierto recelo hacia quienes sí lo habían disfrutado y consideraba menos inteligentes, un recelo que le llevaba a despreciarlos o a reemplazarlos directamente en sus tareas. Su destreza para el relato y sus amplios conocimientos históricos se apreciaban en sus artículos y memorias, sus profundas limitaciones teóricas y la sobrestimación intelectual de sí mismo quedaron patentes en *Eurocomunismo*





y *Estado*.<sup>52</sup> Con frecuencia censuró a quienes hacían uso de la cita y la erudición, al tiempo que él mismo solía abusar de estos recursos. Por ejemplo, en sus escritos sobre la Constitución de ese mismo año de 1978 reprochaba a los diputados haber utilizado los debates parlamentarios para «dictar lecciones y hacer alardes de erudición más propios de una cátedra que de un parlamento». <sup>53</sup> Unas páginas después citaba a Federico el Grande de Prusia hablando sobre *El Príncipe* de Maquiavelo en el *Antimaquiavelo* editado y prologado por Voltaire.<sup>54</sup>

En segundo lugar, el Secretario General no pudo o no supo percibir los cambios de largo alcance que traía consigo la crisis estructural del capitalismo de los años 70. La crisis y su salida neoliberal quebraron los cimientos sobre los que los partidos comunistas y la izquierda en general se habían levantado después de la Segunda Guerra Mundial. Ambas cosas, la crisis misma y la respuesta inmediata que se le dio al calor de los cambios tecnológicos y bajo el signo de una nueva orientación económica marcadamente antisocial, modificaron las formas de organización del trabajo e introdujeron cambios consecuentes en la composición sociológica y en los patrones culturales de la clase obrera. Estas transformaciones, que no se dieron de la noche a la mañana pero que ya desde finales de los setenta empezaban a percibirse, exigían una revisión de toda la práctica comunista que no se supo acometer o que no llegó ni a concebirse, sumido como estaba el partido en la vorágine de la transición a la democracia y desprovisto como estaba de instrumentos efectivos de análisis. En ese momento de encrucijada histórica el comunismo español e internacional estuvo basculando entre la reafirmación de recetas caducas y la reconversión a la socialdemocracia. Si la primera no servía para mucho más que para oponer una resistencia en declive, la segunda ya no tenía apenas recorrido al haber cesado el crecimiento económico que, dentro de los parámetros del capitalismo de posguerra, había permitido a los partidos so-

cialdemócratas gestionar políticas de bienestar. Visto con perspectiva parece que, para zafarse de lo primero, el proyecto eurocomunista del Secretario General no logró resistirse a esa última tentación.

Explorar otras vías era algo que ya se estaba planteando dentro del movimiento comunista, pero que requería de mucha reflexión y de decisiones arriesgadas cuyos resultados no se verían sino a largo plazo.<sup>55</sup> Nada de eso pasó por la cabeza de un dirigente metido en la vorágine de la política cotidiana y que en ese tiempo de emergencia nacional había interiorizado la lógica de la gobernabilidad. A todas las dificultades de fondo que trajeron consigo la crisis económica y el cambio de modelo social a finales de los setenta y principios de los ochenta, se sumaban en España las dificultades de una sociedad educada durante décadas en los valores anticomunistas del franquismo y un proceso en curso constreñido por la amenaza militar y la tutela americano-atlantista. De sobra consciente de estas segundas constricciones estructurales, pero no así de las primeras, Carrillo trató de hacerlas frente con unas decisiones a nivel supraestructural que, si bien pudieron parecer hábiles en su momento, resultaron inútiles y contraproducentes vistas en su conjunto. Por utilizar el dualismo leninista entre táctica y estrategia que Carrillo tanto empleaba, parece que le sobraron tácticas y le faltó estrategia.

Los límites del PCE en la Transición también tuvieron que ver con su incapacidad para desarrollar una política de comunicación efectiva en un nuevo contexto de mediatización de la política. Con el restablecimiento de las libertades y el auge de los medios de comunicación se produjo una cierta virtualización de la política, por la cual la política misma se desplazó en cierta medida del conflicto social al debate mediático. El PCE, que había consolidado su influencia entre la gente al calor de los conflictos de la época y gracias a la acción cotidiana de sus cuadros, vivió la Transición sin contar con el respaldo de ningún medio de comunicación de





peso, más bien sufriendo incluso la hostilidad de la mayoría de ellos. Consciente de estas nuevas circunstancias, aunque no así de su adversidad, o consciente de que podría sortearlas por sí mismo, Santiago Carrillo apostó por una línea política de clara proyección mediática orientada a la escenificación de los cambios del partido. El problema es que además de generar tensiones internas y de hipotecar en ocasiones la autonomía del partido, estos cambios fueron, con independencia de su autenticidad, insistentemente desacreditados por la prensa. Si algo se puso de manifiesto en la prensa con respecto al PCE fue la hostilidad de todos los diarios de gran tirada hacia el partido dirigido por Santiago Carrillo, y en concreto hacia su persona.<sup>56</sup> Curiosamente, esta hostilidad fue mayor por parte del periódico que a su muerte más valoró el papel que desempeñó en la Transición, *El País*, que durante todo el proceso no cesó de remitir al PCE a un pasado caduco y en presentar a Santiago Carrillo como su principal lastre:

[...] el secretario general del PCE, sin darse cuenta pone una vez más al descubierto, al referirse a franquistas y comunistas de toda la vida, ese punto flaco que de creerle sólo existe en la malévola imaginación de este periódico. Porque entre los militantes o cuadros del PCE que entraron en la organización después de la invasión de Checoslovaquia y los dirigentes que loaron hasta la adulación la figura de Stalin, calumniaron a los comunistas yugoslavos, justificaron el Gulag, aplaudieron la invasión de Hungría o tomaron por un catecismo el canon sagrado del «marxismo-leninismo» hay una distancia tan grande como la que separa a José Antonio Girón y Raimundo Fernández Cuesta de Adolfo Suárez o a Rodolfo Llopis de Felipe González. Es un motivo de reflexión que el único partido a cuyo frente continúan hombres asociados con la Guerra Civil sea precisamente el que más se ha esforzado en su propaganda por borrar de la memoria colectiva ese sangriento conflicto.<sup>57</sup>

El desenlace de todas aquellas tensiones acumuladas fue tremendo. A Santiago Carrillo no le quedó más remedio que dimitir tras la debacle electoral del 82. La alternativa consistió en po-

ner al frente del partido al asturiano Gerardo Iglesias, hasta entonces muy leal a Carrillo. Las desavenencias entre uno y otro estallaron cuando el nuevo Secretario General se distanció de la línea apadrinada por su predecesor y empezó a resistirse a su tutelaje. La batalla interna se saldó con la expulsión de Santiago Carrillo del PCE en 1985 a cargo de una dirección formada por sus opositores de primera hora y por quienes habían sido sus seguidores hasta el último momento. Tras fracasar en el intento de crear un nuevo partido político, el Partido de los Trabajadores de España-Unidad Comunista terminó recomendando a sus seguidores que ingresaran en el PSOE. Entonces el Partido Comunista de España comenzaba una nueva trayectoria con la formación de Izquierda Unida en la que la sombra de Santiago Carrillo no iba a dejar de estar presente, ya fuera como crítico feroz desde los medios de comunicación de casi todas sus direcciones, ya fuera como chivo expiatorio al que responsabilizar de los males del partido procedentes de la Transición, ya como fantasma del pasado que exorcizar en las crisis internas posteriores, ya como valedor de una cultura política fáctica que siempre ha estado muy presente en muchos de los dirigentes, y militantes, que rompieron con él.

#### NOTAS

- <sup>1</sup> Este artículo toma como punto de partida otro artículo mío sobre Santiago Carrillo publicado en el número 20 de esta misma revista en 2012. Lo que ahora se ofrece es una visión corregida y sobre todo ampliada que considero más ajustada. He matizado algunas cuestiones y sobre todo he incluido nuevas interpretaciones construidas a partir de fuentes que no había leído en su día. Entre ellas está el cotejo de las distintas ediciones de las *Memorias* de Santiago Carrillo, su llamado «testamento político», los escritos sobre la elaboración de la Constitución y otras intervenciones parlamentarias y ante el Comité Central del PCE de 1977 a 1979. También he podido leer la biografía publicada posteriormente por PRESTON, Paul, *El Zorro Rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Debate, 2013.
- <sup>2</sup> SERRANO, Daniel, *La Gaceta*, 19-IX-2012, pp. 14 y 15; VIDAL, César, «Pequeño saquete de maldades», 18-IX-2012 en <http://www.libertaddigital.com/opinion/cesar-vidal/pequeno-saquete-de-maldades-65648/>, USSÍA, Alfonso, «Punto final»,







- La Razón*, 20-IX-2012 o las intervenciones de JIMÉNEZ LOSANTOS, Federico y ALBIAC, Gabriel en la tertulia de «Es la mañana de Federico» en *esRadio*, <http://fonoteca.esradio.fm/2012-09-19/tertuia-de-federico-la-verdadera-cara-de-carrillo-49146.html>.
- <sup>3</sup> <https://www.nodo50.org/foro/iu/viewtopic.php?f=2&t=8179&p=117941>; <http://www.lahaine.org/index.php?p=64088>; <http://www.insurgente.org/index.php/template/politica/item/1632-el-r%C3%A9gimen-llora-a-carrillo-los-comunistas-nowwww.google.es>
- <sup>4</sup> *El Mundo*, 19-09-2012, p. 4.
- <sup>5</sup> *El País*, 19-09-2012, p. 15.
- <sup>6</sup> *La Vanguardia*, 19-09-2012, p. 15.
- <sup>7</sup> <http://www.europapress.es/nacional/noticia-santamaria-carrillo-participo-momento-luz-transicion-20120919141531.html>
- <sup>8</sup> *El País*, 19-09-2012, p. 15
- <sup>9</sup> <http://www.publico.es/espana/442531liu-ensalza-la-figura-de-carrillo-pese-a-las-diferencias>
- <sup>10</sup> Aplico al caso particular de la Transición las ideas que para los relatos del poder ha desarrollado FONTANA, Josep, *Historia, análisis del pasado y proyecto social*, Barcelona, Crítica, 1982.
- <sup>11</sup> Esos factores los hemos analizado en ANDRADE BLANCO, Juan, *El PCE y el PSOE en (la) la Transición. La evolución ideológica de la izquierda durante el proceso de cambio político*, Madrid, Siglo XXI, 2012, pp. 257-384.
- <sup>12</sup> <http://www.europapress.es/nacional/noticia-carrillo-pons-ajalagenerosidad-carrillo-otros-tuvieron-transicion-nos-acompanesiempre-20120919124358.html>
- <sup>13</sup> ALONSO ZALDÍVAR, Carlos, «El peso de un hombre de Estado», *El País*, 19-09-2012, pp. 20 y 21.
- <sup>14</sup> Los efectos pueden verse en MOLINERO, Carme e YSÀS Pere, «El partido del antifranquismo (1956-1977)», en BUENO, Manuel; HINOJOSA, José; y GARCÍA, Carmen (coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Madrid, FIM, 2007, y para el caso de Cataluña en DOMÉNECH, Xavier, «Entre el chotis reformista y la sardana idílica. La política de alianzas del PSU de Cataluña en tiempos de cambios políticos», *Papeles de la FIM* (Madrid), n.º 24, 2006, p. 205.
- <sup>15</sup> CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques a problemas de hoy*, París, Editions Socials, 1967.
- <sup>16</sup> CARRILLO, Santiago, *Libertad y socialismo*, París, Editions Socials, 1971.
- <sup>17</sup> «Declaración del PCE por la reconciliación nacional. Por una solución democrática y pacífica del problema español», junio 1956, Carpeta 73, Documentos, Archivo Histórico del PCE (AHPCE).
- <sup>18</sup> Así fue oficialmente justificado en «Tesis I: Características del actual proceso de cambio», en *Noveno Congreso del PCE, Actas, debates, resoluciones*, Bucarest, PCE, 1978, p. 339.
- <sup>19</sup> «Informe de Santiago Carrillo al pleno del CC de Roma 1976. De la clandestinidad a la legalidad», en IBARRURI, Dolores y CARRILLO, Santiago, *La propuesta comunista*, Barcelona, Laia, 1977 pp. 239-241.
- <sup>20</sup> VEGA GARCÍA, Rubén, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en ERICE, Francisco (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón, Trea, 1996, pp. 184 y 185.
- <sup>21</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 2005, pp. 695-696.
- <sup>22</sup> Así parece ser que lo reconoció Adolfo Suárez cuando fue entrevistado por PREGO, Victoria, *Así se hizo la Transición*, Barcelona, Plaza y Janés. 1995, pp. 643-647, o BARDAVÍO, Joaquín, *Sábado Santo Rojo*, Madrid, Ediciones Uve, 1980, pp. 165-171.
- <sup>23</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, op. cit., p. 714.
- <sup>24</sup> Intervención publicada en *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 16, semana del 25 de abril al 1 de mayo de 1977.
- <sup>25</sup> Comunicado recogido en *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 16, semana del 25 de abril al 1 de mayo de 1977.
- <sup>26</sup> Las explicaciones del PCE pueden verse en el editorial de *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 25, 22-VI-1977, p. 3. o en el número dedicado a exponer las conclusiones del Comité Central convocado para analizar las elecciones: *Mundo Obrero* (Madrid), n.º 26, 29-VI-1977, pp. 7-10 y en la intervención de Santiago Carrillo «Democratización real de la sociedad y sus instituciones. Informe al pleno ampliado del Comité Central del PCE (Junio de 1977)», en CARRILLO, Santiago, *Escritos sobre eurocomunismo*, Zaragoza, Forma, 1977, Tomo II, pp. 55-82.
- <sup>27</sup> CARRILLO, Santiago, «Informe al pleno ampliado del CC...», op. cit., p. 68.
- <sup>28</sup> CARRILLO, Santiago, «Informe al pleno ampliado del CC...», op. cit., p. 69.
- <sup>29</sup> «Un gobierno de concentración democrática nacional. Intervención en el Congreso (27 de julio de 1977)», en CARRILLO, Santiago, *Escritos sobre eurocomunismo*, op. cit., pp. 85-95.
- <sup>30</sup> Cita tomada de SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, p. 289.
- <sup>31</sup> Las razones recogidas las expuso Santiago Carrillo en su intervención en el Congreso de los Diputados el día 31-X-1978: «Diario de Sesiones del Congreso de los Diputados, año 1978, n.º 130, pp. 5194 y 5196», en [www.congreso.es], 31-X-1978.
- <sup>32</sup> CARRILLO, Santiago, «Los Pactos de la Moncloa», Discurso pronunciado el 27 de octubre de 1977 en el Congreso de los Diputados», en *El año de la constitución*, Barcelona, Crítica, 1978.
- <sup>33</sup> *Ibidem*
- <sup>34</sup> *ABC*, 27-XI-1977, p. 7.
- <sup>35</sup> Sobre el eurocomunismo hay una variada bibliografía. Entre los trabajos más recientes, pueden verse ANDRADE BLANCO, Juan, *El PCE y el PSOE en (la) Transición*, op. cit., pp. 86-107, Emanuele Treglia (ed), «Eurocomunismo», en *Historia del Presente*, núm 18, 2011, GONZÁLEZ, Carmen (coord.), «Partidos comunistas y pasado reciente. Trayectorias históricas nacionales, historiografía y balance», en *Revista Historia Actual* (Cádiz), n.º 6, 2008, y SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, op. cit., pp. 195-301.
- <sup>36</sup> CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, Barcelona, Crítica, 1977.
- <sup>37</sup> CARRILLO, Santiago, «Sobre la Monarquía», Intervención el 7 de octubre de 1977 en el Congreso de los Diputados, en *El año de la Constitución*, op. cit., pp. 62 y 63.





## EXPEDIENTE

- <sup>38</sup> CARRILLO, Santiago, «El caso Blanco», discurso pronunciado el 14 de septiembre de 1977 en el Congreso de los Diputados», en *El año de la Constitución*, op. cit., p. 172
- <sup>39</sup> ABC, 26-XI-1977, p. 6.
- <sup>40</sup> Arriba, 28-X-1977, p.13
- <sup>41</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, op. cit., pp. 791-794.
- <sup>42</sup> Este viraje se sustanció inicialmente en el eslogan «Juntos Podemos» con el que el PCE se presentó a las elecciones andaluzas del 82.
- <sup>43</sup> Varias interpretaciones del 23F y de la personalidad de Carrillo pueden verse en CERCAS, Javier, *Anatomía de un instante*, Barcelona, Mondadori, 2009.
- <sup>44</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, op. cit., pp. 785-787.
- <sup>45</sup> CARRILLO, Santiago, *Memorias*, op. cit., p. 788.
- <sup>46</sup> La bibliografía sobre estas crisis, ya sea de testigos de la época ya sea de investigadores posteriores, es abundante. Véase VEGA, Pedro y ERROTETA, Peru, *Los herejes del PCE*, Barcelona, Planeta, 1982, MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 552-604 o YSÀS, Pere, «El PSUC durant el franquisme tardà i la Transició: de l'hegemonia a la crisi (1970-1981)», en PALA, Gaïme (ed.) *El PSU de Catalunya, 70 Anys de Lluita pel Socialisme. Materials per a la història*, Madrid, FIM, 2008, pp. 175-182.
- <sup>47</sup> Algunas de las razones que se exponen a continuación están planteadas en VEGA, Rubén, «El PCE asturiano en el tardofranquismo y la Transición», en ERICE, Francisco (coord.), *Los comunistas en Asturias 1920-1982*, Gijón, TREA, 1996, pp. 185-188 o PALA, Gaïme, «El PSUC hacia adentro. La estructura del partido, los militantes y el significado de la política (1970-1981)», en PALA, Gaïme (ed.), *El PSU de Catalunya...*, op. cit., pp. 189-201 y han sido ampliadas y desarrolladas en ANDRADE BLANCO, Juan, *El PCE y el PSOE...*, op. cit. pp. 372-381.
- <sup>48</sup> El debate generado por el desmantelamiento de esta estructura organizativa cobró intensidad en la I Asamblea de Intelectuales, profesionales y artistas del PCE: «La inserción orgánica de los profesionales e intelectuales en el partido», en «Documentos de la Primera Asamblea de Intelectuales, profesionales y artistas del PCE en Madrid», enero de 1981, Carp. 1.9, Caja 126, Fondo Fuerzas de la cultura (Intelectuales-Profesionales y Artistas), AHPCE.
- <sup>49</sup> *Mundo Obrero semanal*, del 24 al 30 de mayo, p. 3.
- <sup>50</sup> Entre las reflexiones al respecto destacan las de VÁZQUEZ MONTALBÁN, Manuel, LACALLE, Daniel, SARTORIUS, Nicolás, ROBÓ, Rafael o JIMÉNEZ, José recopilados en *Los intelectuales y la sociedad actual*, Madrid, Fundación de Investigaciones Marxistas, 1981.
- <sup>51</sup> AZCÁRATE, Manuel, *Crisis del Eurocomunismo*, Madrid, Argos Vergara, 1982, p. 59.
- <sup>52</sup> CARRILLO, Santiago, *Eurocomunismo y Estado*, op. cit.
- <sup>53</sup> CARRILLO, Santiago, *El año de la Constitución*, op. cit., p. 12
- <sup>54</sup> CARRILLO, Santiago, *El año de la Constitución*, op. cit., p.22
- <sup>55</sup> Véanse las reflexiones al respecto de SACRISTÁN, Manuel, *Seis conferencias. Sobre la tradición marxista y los nuevos problemas*, Barcelona, Viejo Topo, 2005 y las notas a la edición de Salvador López Arnal.
- <sup>56</sup> Ello lo constatamos especialmente tras un análisis pormenorizado de la cobertura al IX Congreso del PCE que dieron: *El País*, *Diario 16*, *ABC*, *La Vanguardia* y *Arriba*, en ANDRADE BLANCO, Juan, *El PCE y el PSOE...*, op. cit., pp. 339-356.
- <sup>57</sup> *El País* (Madrid), 20-IV-1978, editorial.

